

Rafael Bonilla indica que las obras que conforman esta exposición, presentadas en la Casa Bardín, no responden a una lógica de proyecto arquitectónico ni a la voluntad de intervenir físicamente el espacio público. Son, ante todo, ejercicios de pensamiento visual. Propuestas que se formulan desde la ficción consciente y asumen su condición de imposibilidad como parte esencial de su potencia crítica. Rodríguez no pretende construir nuevos monumentos, sino alterar los existentes a través de una ocupación simbólica que desestabiliza su significado sin anularlo. La estrategia formal del artista parte de un contraste deliberado. Frente a la geometría rígida, vertical y autoritaria de obeliscos, estatuas y edificios institucionales, aparecen formas blandas, orgánicas, expansivas, que remiten tanto al cuerpo como a la naturaleza. Estas presencias no atacan ni destruyen; se adhieren, envuelven, abrazan, parasitan. El monumento deja de ser un objeto intocable para convertirse en soporte, en escenario de una negociación visual entre lo impuesto y lo imaginado. Pinturas realizadas sobre papel o tela, concebidas como estandartes contemporáneos, imágenes digitales intervenidas y esculturas articulan un lenguaje coherente que oscila entre lo lúdico y lo inquietante. El humor funciona aquí como una herramienta de aproximación, pero también como un escudo. Bajo su aparente ligereza se despliega una reflexión compleja sobre el poder, la memoria histórica y la construcción de los símbolos. La utopía, lejos de entenderse como evasión, opera como método: un espacio mental desde el cual ensayar otras formas de relación con aquello que parecía inamovible.

El comisario establece que, en la obra de Elio Rodríguez, la fantasía nunca logra borrar por completo la realidad. Esta se filtra, a veces de manera sutil, otras de forma explícita, a través de detalles, materiales y referencias que remiten a contextos políticos y sociales concretos. Las intervenciones utópicas se ven atravesadas por tensiones latentes: control, vigilancia, violencia simbólica, escasez, deseo de libertad. Ese roce constante entre ilusión y experiencia vivida es lo que otorga densidad a las piezas y evita que queden atrapadas en el terreno de lo meramente decorativo.